

Sarmiento en Montevideo y el concepto social: « Civilización y Barbarie »

Cierta vez, durante una travesía a Europa, en esas ruedas amables formadas a bordo los días de calma mientras el buque se desliza en la inmensidad del Océano, preguntáronme de improviso cuál de los libros argentinos creía el más hermoso y subjetivo. Obligado a una respuesta rápida, contesté sin vacilar: el « Facundo » de Sarmiento. Ha pasado después no poco tiempo, he enriquecido mi caudal literario con muchas lecturas y a menudo han vuelto a mi memoria el recuerdo y las circunstancias de la original interrogación. Reconozco la dificultad de encerrar dentro de una norma única toda la producción de un país; cada época tiene una manifestación particular, y la literatura argentina, brillante y de selección en los momentos distintos de su historia, ha tenido siempre un genuino representante de su intelectualidad y una expresión elevada y fecunda, símbolo de su acción civilizante. Pero cuando se abarca todo el dilatado espacio, todas

las etapas recorridas de Labardén y Lafinur a los nuevos y aun a los novísimos, acaso no se advierte sino una sola obra, fuerte e inmutable, desafiando las edades como una cumbre, y es « Civilización y Barbarie » de Sarmiento. ¿Qué prodigio animaron sus páginas? No es ni el fondo ni su verdad histórica. Ambos son discutibles, y hasta la tesis fundamental, difícil es, a veces, concretarla en términos simples. Tanto se ha escrito, tanto elogio ha sido volcado sobre este admirable libro, que parece realmente embarazoso decir algo no repetido y ya reiterado. Tiene por encima de otra cualidad, junto con la brillantez y elegancia de su estilo, el don superior y la frescura de las cosas recién salidas del crisol elaborador que no envejece con los años, ni pierde el perfume y la lozanía de sus mejores días. Sarmiento fustigó el caudillaje y encarnando la Barbarie, la regresión, en Quiroga, en Aldao, en el Chacho, diríase, tocó de cerca el alma de las muchedumbres, de las « montoneras », de esa fuerza que hace la revolución y así, sin saberlo, sin sospecharlo acaso, inundó sus páginas de inspiración y de vida. Ese es su secreto: Civilización y Barbarie, la ciudad y el campo, el artificio en constante renovación y la naturaleza espléndida en su suprema majestad. De ella tomó la pureza de sus colores, el aire, la luz, el medio creador de « sus monstruos inexplicables, pero reales », el misterio del desierto pronto a deshacerse al conjuro del progreso avasallador. Tal su característica dominante, entremezclada con una variedad de temas, los más diversos y raros, profundos a

veces, controvertibles los más, adornados con retratos de una violencia de tonos deslumbrante, paisajes, descripciones magníficas, cuadros, anécdotas, verdaderos poemas colmados de ingenuidad y candor que dejan la impresión de esas músicas salidas del alma de la raza y en las cuales alternan motivos de sinfonías inconclusas con pianísimos incitantes al recogimiento y a la meditación.

« Civilización y Barbarie » es la historia del proceso social argentino. Mejor aún: es la historia o biografía de Juan Facundo Quiroga, encarnando en ese personaje la historia argentina, o, como lo dijera Alberdi, « el modo de ser normal de la vida argentina. » Con palabras parecidas explicó Sarmiento el génesis de su famosa obra, denominándola en su edición inicial de 1845, y muchos años después, en 1881, en carta al profesor Calandrelli, con el título simple de « Vida de Juan Facundo Quiroga ». No hay duda que ese fué el pensamiento fundamental, cierto o equivocado, del autor. Escuchémosle: es él mismo quien habla. « He creído explicar la Revolución Argentina con la biografía de Juan Facundo Quiroga, porque creo que él explica suficientemente una de las tendencias, una de las fases diversas que luchan en el seno de aquella sociedad singular... En Facundo Quiroga no veo un caudillo simplemente, sino una manifestación de la vida argentina; expresión fiel de una manera de ser de un pueblo, de sus preocupaciones e instintos... es él, el

personaje histórico más singular, más notable que puede presentarse a la contemplación de los hombres, que comprenden que un caudillo que encabeza un gran movimiento social no es más que un espejo en que se reflejan las creencias, las necesidades, preocupaciones y hábitos de una nación en una época dada de su historia.» Sarmiento ensancha y perfila más los rasgos de su biografiado. Facundo Quiroga es el héroe americano por excelencia, «la personificación de la vida interior del pueblo argentino;» y en su parangón no encuentra en el Continente sino «al Norte a Bolívar, en su aspecto de conductor de pueblos y no de general europeo, remedo de Napoleón, menos colosal, y al Sud a Artigas, que hubiese sido nuestro Bolívar», — es Sarmiento quien lo dice, — «si este caudillo hubiese sido, como aquél, tan pródigamente dotado por la naturaleza y la educación.»

Es éste el concepto de Sarmiento: la influencia del medio en la creación de un ejemplar representante genuino de sus modalidades características y que personifica en esencia una determinada formación histórica y social. Por eso el plan de la obra responde a una justeza exacta en sus términos: primero, la descripción, el paisaje, el teatro sobre el cual va a representarse la escena; los tipos accesorios, el Rastreador, el Baqueano, el Gaucho Malo, el Cantor; después, el personaje principal, en el cual descansa la intensidad del asunto. Valentín Alsina así lo entendió, y, a su instancia, el autor cerraba el emocionante drama con el trágico episodio de Barranca-Yaco.

Pero si la historia argentina es Quiroga y éste es un fermento de la Pampa, de la Barbarie, ¿cuál es el otro extremo del postulado, Civilización? No pudo serlo sino la civilización de las ciudades coloniales, único tipo que Sarmiento conocía. Él mismo lo expresa: «Había antes de 1810 en la República Argentina dos sociedades distintas, rivales e incompatibles, dos civilizaciones diversas; la una española europea culta, y la otra bárbara, americana, casi indígena, y la revolución de las ciudades sólo iba a servir de causa, de móvil para que estas dos maneras distintas de ser de un pueblo se pusiesen en presencia en frente una de otra, se acometiesen y después de largos años de lucha *la una absorbiese a la otra.*» Ésta es la base, el principio. Así, ante el espectáculo de Rosas, de Quiroga, triunfantes en la extensión del interior y litoral, añora los tiempos que fueron y evoca el recuerdo de la Rioja, cuna de los Ocampos, de los Dávilas, de los Castro Barros, reducida en 1845 a un caserío informe en que al decir de un testigo, no había ni médicos ni abogados, ni magistrados, ni escuelas, ni nadie que vistiese frac; a San Juan, que dió en otra época a Laprida, Presidente del Congreso de Tucumán, a los Oro, sacerdotes virtuosos, diputados y oradores excelsos, a Ignacio de la Rosa, que con San Martín prepararon la expedición a Chile, y entonces reducida bajo los Benavides y las hechuras del desierto, como Santa Fe, San Luis, Santiago del Estero, a esqueletos de ciudades, villorrios decrepitos y devastados. En fin, a Buenos Aires, en cuyas calles sucumbieran los ejércitos

ingleses, metrópoli que fué de los Rivadavia y de aquella primera generación unitaria de 1825, pléyade ilustre, retratada de mano maestra —y que trae a la memoria una muy nuestra, recientemente ida en su mayor parte —y que se distinguía por la figura, por los modales, por el tono de la voz y por las ideas, oscurecidos o muertos, los más en el destierro, en la proscripción, fijos sus ojos en la visión augusta de la patria y de su futuro grandioso.

Tal la fórmula, al parecer arrancada a la realidad y descrita por su genial expositor: la Barbarie erigida en dominadora de las ciudades que fueron antes orgullo del Virreinato y de la Revolución, y cuyos hombres, eminentes, dispersos entonces, a los cuatro vientos, desde la prensa, en el libro, en el campo de batalla, intentan en vano restaurar un clásico y perdido esplendor.

Empezaba el año de 1846. Sarmiento, proscripto en Chile, arribaba a Montevideo, de paso para Europa. Es de esta época, una de sus más hermosas páginas escritas en forma de correspondencia y dirigidas al doctor Vicente F. López. Dos meses empleó en dar la vuelta el estrecho. Un viaje largo, monótono, sucedióse desde Valparaíso, sin más incidencias que el espectáculo de las noches boreales con sus luces del poniente mezcladas con las del amanecer y un desembarco casual en una remota isla del Pacífico, donde un excéntrico habitante se le ofreció como un

vástago de los Robinsón Cruzoe. Llegaba Sarmiento en un momento culminante de la intensa lucha ríoplatense. Su nombre y su fama habían traspuesto las ronderas del exilio, y su reciente estudio « Vida del General Quiroga », reimpresso en esos días en el folletín del « Nacional », releído y divulgado en las dos márgenes del Plata, se consideró, en el medio caldeado de la época, como formidable ariete, tan hondo y lacerante, al par de las « Agresiones » de Lamas o las « Tablas » de Indarte. Aquel ambiente de guerra, aquella sociedad que acaso no conociese o no viera de tiempo atrás, detenida en sus progresos, en su marcha ascendente de engrandecimiento y prosperidad, con sus instituciones democráticas, su espíritu de libertad, abiertas sus puertas al extranjero que se ha apoderado de su comercio, de sus incipientes industrias, en pugna años y años, en lucha constante, esforzándose en salir de la crisálida colonial al influjo de ideas generosas en continua renovación, conmovió rudamente el raro temperamento del ilustre viajero.

Así su carta a Vicente F. López, reveladora de esa impresión. Oigámosle, detengámonos, aunque sea brevemente, para repetir sus propios conceptos. La prosa de Sarmiento, en verdad, tiene encantos admirables en su personalísimo estilo, y lo es doblemente en esta página del Montevideo de mediados del siglo XIX, por su sentimiento y sugestión, por su poder evocador, y que, como sus descripciones y sus imágenes, siempre elegantes y armoniosas, sirven de ropaje vistoso y multiforme a ideas de fondo que marchan al parecer,

sin ilación, atropelladamente, pero sin perder nunca su fuerza e intensidad.

Es él mismo quien habla: « Entre Chile y Montevideo media algo más que el Cabo de Hornos: media la incomunicación natural de los nuevos Estados de América, que no ligará el proyectado Congreso Americano ! »

Con éstas o semejantes palabras comienzan los recuerdos de viaje, y en rigor la rotunda afirmación traspone los tres cuartos de siglo desde que fué escrita, para ser hoy, como antes, una aspiración todavía no realizada: el conocimiento recíproco y la vinculación entre los países del Nuevo Mundo. El ferrocarril, el vapor, la electricidad han acortado las distancias, lo mismo que una compenetración mayor de los intereses de cada uno ha dado formas a una política internacional especial, concretada en decenas de congresos; mas, cuando del concepto general de las relaciones oficiales se pasa al de las sociedades, al acercamiento íntimo de los países, se ve entonces claramente cuán lenta ha sido la acción de los decantados factores de la comunidad de ideales, de la lengua y de la raza. El Congreso de Montevideo fijando normas jurídicas definitivas, como el Ariel de Rodó iluminando los rumbos de la juventud de América, han estrechado y fortalecido los lazos de unión, pero ¿qué sabemos de la vida integral, de los desvelos, amarguras, ansias y desesperanzas de todas esas repúblicas hermanas nuestras del Pacífico o del Atlántico del Norte? ¿Cuánta es la cifra del intercambio comercial? ¿Quiénes son sus pensadores y estadistas exponentes de su cultura e

intelectualidad? Su conocimiento es excepcional y acusa siempre una erudición. La cordillera ha sido ya pasada en alto por la aviación, y entre los dos océanos horas solamente marcan el recorrido, pero cuando de la comunicación aislada, protocolar, de entidades y gobiernos, descendemos a la percepción íntima, de pueblo a pueblo, de afectos e idealidades, entonces surge en nosotros, en pleno siglo xx, la visión y el recuerdo de aquel Concolorcorvo, el Lazarillo de Ciegos Caminantes, que en 1773 jaloneara las etapas del camino de Lima al Plata y cuya reimpresión bibliográfica hiciera, ha poco, la Junta de Historia de Buenos Aires.

Sarmiento no da mayor extensión al tema. Puesto al azar, le sirve de motivo para pasar a otro que le atrae más. De la incomunicación de las ciudades de América, prosigue a sus semejanzas, y de éstas toma dos: Montevideo y Buenos Aires. «Una es su historia, sus orígenes, el río es uno mismo, que baña sus orillas;» «y las dos — agrega — conservan su arquitectura morisca, sus techos planos y sus miradores que dominan hasta muy lejos la superficie de las aguas; la brisa de la tarde encuentra siempre en aquellos terraplenes elevados millares de cabezas. Si la tempestad turba el ancho río, si las naves batidas por la borrasca no pueden ganar el difícil puerto, si la bandera o el cañón piden a la vecina costa, socorro!; si la escuadra enemiga asoma sus siniestras velas, Montevideo y Buenos Aires acuden alternativamente a sus atalayas y azoteas a hartarse de emociones, a endurecer sus

nervios con el espectáculo del peligro, la saña de los elementos o la violencia de los hombres... » Es la descripción, la emotividad, el fuerte del vigoroso escritor. « El día amanece, y con la claridad que avanza van dibujándose las costas, los promontorios, la mentada isla de Flores. » « Véase, por fin, el río cubierto de naves ancladas en distintos puntos, como el gaucho amarra su caballo donde le sorprende la noche o halla pasto abundante en la pampa solitaria; y a lo lejos un vistoso grupo de torres y miradores señalaba aparentemente a la sombra del Cerro, que le dió su nombre, la presencia de Montevideo. La ciudad, en tanto, se presentaba a nuestro escrutinio con una coquetería que pocas pueden ostentar. Rueda el buque en torno de ella, desde el lado del Océano, al ancladero que guarda la ciudad y el Cerro, y en aquellas viradas de bordo que la barca describe, como los giros del ave acuática que se dispone a posarse sobre las aguas, van presentándose las calles que cruzan la población y caen de punta bajo el ojo, primero de sud a norte, después de poniente a naciente y todavía de norte a sud, con su variedad infinita de trajes, de carruajes y jinetes, interrumpiendo la perspectiva las ondulaciones del terreno, que lo asemejan a la espuma del río, petrificada. » Sarmiento apenas si ha entrado en materia; los párrafos se siguen juntos, apretados, sin solución de continuidad, mientras las ideas afluyen en tropel, aquí y allá, apresuradamente, en ese estilo muy suyo y peculiarísimo. Es el paisaje, el muelle, la rada, el Cerro coronado de cañones, los lejanos puntos ocu-

pados por el enemigo que sombrean el cuadro, el aspecto de la plaza sitiada, la prensa de adentro y de afuera, la comunidad de odios y simpatías entre las dos orillas del Plata; en fin, su arribo y llegada, el placer de encontrarse en tierra entre un grupo de periodistas, literatos, militares, empleados, comerciantes, todo y cada cosa, cada emoción, le provoca un comentario, una consideración, una crítica atinada a veces, injusta, cruel otras, pero siempre revelando sus altas cualidades de escritor, de observador sagaz y eminentemente original.

« Más adentro, en la organización de este pueblo, vese que aquellas dos ramificaciones de la familia argentina son los restos de una sociedad que muere. No son ni argentinos ni uruguayos los habitantes de Montevideo: son los europeos los que han tomado posesión de una punta de tierra del suelo Americano! » No es ésta aquella afirmación hecha en las circunstancias azarosas de la guerra: de un lado, Buenos Aires, el sentimiento nacional, americanista; del otro, Montevideo, dominada por una banda de filibusteros, animados de una ambición y sed de comercio y de pingües negocios. ¡No! Tal sería bajar el tema, reducirlo a los límites estrechos de la controversia ardorosa del momento y de resultado efímero. La proposición, el razonamiento es otro, mucho más elevado y amplio en sus consecuencias y derivaciones. Sarmiento venía de Chile, y en su haber de escritor, de estu-

dioso, no contaba sino con el ejemplo de las ciudades del Pacífico o del interior argentino. Ése, el molde colonial, habíale servido en la idealidad concretada en su concepto de « Civilización », frente al término antagónico: « la Barbarie americana ». Ilustrar las masas campesinas, llevar y difundir la instrucción en la extensión del país; educar, nivelar la cultura entre la campaña y los núcleos poblados, he ahí el horizonte social de Sarmiento en 1845, como se probaría hasta por el motivo de su viaje a Europa, « para perfeccionar sus estudios de instrucción primaria. »

Montevideo se le ofrece como un capítulo más, no entrevisto ni presentido dentro del rigorismo de su fórmula dual. Testigo de una transformación cuyo germen se incuba y desarrolla en la ciudad que lo albergara, penetra hondo en aquel fárrago de pasiones, de odios, de partidos, de luchas con contornos de guerras nacionales, de independencia, y en uno y otro lado de las líneas de pelea, halla nuevos elementos que han escapado hasta entonces a su examen y penetración. En aquella sociedad que tres años va soportando estoicamente los rigores del asedio, que ha convivido las amarguras de la guerra, sin un día de desaliento ni un grito de protesta, como poseída de un designio superior, de una alta misión a cumplir, reconoce los caracteres prominentes de la antigua raza: la altivez, la tranquilidad, el valor! El gaucho, el tipo americano que nadie como él perfiló en sus rasgos destacantes, también está allí ofreciéndose ampliamente, al natural, a su crítica sagaz. Una mañana,

espectador desde las trincheras, asiste a un combate entre los dos ejércitos adversarios. Era una operación de infantería ideada por Paz y Pacheco, consistente en un avance simultáneo apoyado por la artillería del coronel Silva. En el silencio de las primeras horas deslízanse los soldados, y las luces del amanecer sorprenden a los jefes de la defensa en impetuoso ataque. Transcurren los momentos, la situación se agrava, y el sol que aparece, ilumina, a veinte cuerdas de distancia, inmóvil, al coronel Silva, que había dicho a su gente: « ¿Dónde se ha visto una batalla sin caballería? ... Ya lo veremos al manco cómo lo hacen pedazos... » Y así fué, y las tropas, diezmadas, retrocedieron a la plaza, mientras Silva, que miraba impertérrito la escena, repetía: — « ¿No lo decía yo...? Es locura pelear sin caballería... » ¡Ah! es Facundo o su escuela, la Barbarie, pudo exclamar el autor de la « Vida de Quiroga ».

Hay algo más, sin embargo, en el ambiente, fuera de esas fuerzas sociales estudiadas y clasificadas, que impresionan y desconciertan. Sarmiento ve de cerca cosas antes inadvertidas, y él mismo evolucionará y corregirá su criterio. La historia del Plata no será más la de Facundo. « La historia toda entera — es él quien lo dice — por todas partes la leo escrita: sobre el río mismo, en las calles y en los alrededores de Montevideo. Cubren la bahía sinnúmero de bajeles extranjeros; navegan las aguas del Plata los genoveses; hacen el servicio en las calles robustos vascos y gallegos; las boticas y droguerías tiénenlas los italianos; franceses son los comerciantes al detalle. París ha man-

dado sus representantes en modistas, tapiceros, doradores y peluqueros, que hacen la servidumbre artística de los pueblos civilizados; ingleses dominan el comercio de consignación; alemanes, ingleses y franceses en las artes manuales; los vascos, con sus anchas espaldas y sus nervios de fierro, explotan por millares las canteras de piedra; los españoles en el mercado ocupan la plaza de revendedores; los italianos cultivan la tierra bajo el fuego de las baterías; los canarios, en fin, siguiendo la costa, se han extendido en torno de Montevideo en una franja de muchas leguas, y cultivan cereales, planta exótica, no hace diez años, en aquellas praderas en que pacían los ganados, hasta las goteras de la ciudad. Todos los idiomas viven, todos los trajes se perpetúan, haciendo buena alianza la boina vasca con el chiripá. Descendiendo a las extremidades de la población, escuchando a los chicuelos que juegan en las calles, se oyen idiomas extraños, a veces el vascuense, que es el antiguo fenicio, a veces el dialecto genovés, que no es el italiano.» « ¡He aquí — exclama — el origen de la guerra del Plata, tan porfiada! » Y para que no haya duda de sus afirmaciones, inserta las cifras estadísticas de la población en 1843: orientales, 11.431; americanos, 3.170; europeos, 15.252; africanos libres, 1.344.

¡Tal el cuadro fascinante! Sarmiento, hasta aquel instante, no había calculado los resultados sorprendentes de las fusiones étnicas, ni la importancia de ese factor en el desarrollo y progreso social. Fué para él una revelación. Verdad es que ni Buenos Aires, ni el Pa-

cífico, ni los núcleos urbanos del interior virreinal pudieron ofrecerle campo apto para la observación. ¡Montevideo, sí! Han pasado por este pueblo sucesivas dominaciones extranjeras y cada una le ha impreso un rasgo peculiar, una modalidad distinta, modificante de su primitiva fisonomía. El coloniaje opera de un modo singular, creando las rivalidades y las luchas de hegemonía con la capital. Los ingleses, aun en su breve establecimiento, quebraron definitivamente los prejuicios de las restricciones comerciales, penetrando más adentro, hasta cambiar los usos y las costumbres de la época. Después los portugueses y los brasileños, consumando su ambición secular del límite austral rioplatense, dan nuevos perfiles, concretando en los hechos una faz de la política internacional americana. Por último, constituida la República con un bagaje de antecedentes que pocos pueblos pudieron ostentar, se realiza de inmediato, al amparo de leyes y principios liberales, la perturbación más grande que pudo ver su accidentada historia. De 1835 hasta 1838 han arribado a Montevideo 9.551 extranjeros; de 1838 a 1842 se elevó esa cifra a 22.381. En un período corto hasta 1842, fueron edificadas 800 casas. A siete millones alcanzaba la importación de aquel año, contra una exportación de ocho millones y medio, siendo el número de buques entrados en su puerto de 856 solamente en los nueve primeros meses de 1841.

Pero su asombro ante lo imprevisto no había abarcado aún el límite más alto. El cambio, la mutación, no sólo era material, sino moral e intelectual. Sarmiento

asistía, y eran testigos sus ojos, de una transformación no vislumbrada por los que como él llevaban impresas en su espíritu las enseñanzas de los Oro y los Albarracin de San Juan, descritos e inmortalizados en sus recuerdos de Provincia, cuyas vidas modeladas dentro de la inflexibilidad de los cánones y pragmáticas del virreinato, fueron sorprendidas y desorbitadas en mitad del camino por el primer vendaval de la Revolución. A ellos, a los antiguos dominadores del suelo, que llenaron el escenario del coloniaje con sus criterios restrictivos, conservadores, con la aspereza y severidad de sus ideas, evocaría desde Montevideo la pluma excelsa del gran escritor, puntualizando los términos de la nueva tesis. « Millares de aquellos colonos — dice — andan prófugos, creyendo obedecer a impulsos generosos; tres años va que el cañón avisa con sus estragos que no hay reconciliación posible entre lo pasado y lo presente, y la raza desheredada vaga en torno de la antigua ciudad que la rechaza. Un día habrá de levantarse el sitio, y cuando los antiguos propietarios del suelo, los nacidos en la ciudad regresen, ¡qué cambio, Dios mío!... Yo me pongo en lugar de uno de aquellos proscriptos de su propia casa y siento todas sus penas y su malestar. Quiere llamar a ésta calle, San Pedro, a aquélla, San Juan, la que sigue, San Francisco; pero el pasante a quien pregunta no conoce tales nombres, que han sido borrados por la mano solícita del progreso, para ceder su lugar a los nombres de la historia oriental. Lo que dejó en 1841 fortaleza y ciudadela, es hoy mercado

de provisiones; la antigua muralla ha cambiado sus casamatas por almacenes de mercaderías; la tierra ha recibido por todas partes accesiones del lecho del río y por todas partes avanzan sobre las aguas muelles públicos y particulares que aceleran las operaciones del comercio. En lugar de aquella Matriz que reunía a los antiguos fieles, encuentra en el punto en que la dejó un cubo de fortificaciones, un templo cuyas enormes columnas de gusto griego y sus decoraciones interiores están revelando que otro culto y otra creencia han tomado posesión del suelo; en el frontón leerá los preceptos del decálogo y para chocar su conciencia católica, aquel que dice: «tú no harás imagen tallada...» etc. En donde había dejado una plaza pública, encuentra la propiedad individual. ¡Todo se ha transformado, las cosas y los hombres!... ¡Oh Montevideo, yo te saludo reina regeneradora del Plata! tu porvenir está asegurado: el incendio de los pajonales del desierto ha pasado ya sobre tu superficie. Proscrito de mi raza, vendré a buscar debajo de tus muros las condiciones completas del hombre que las tradiciones españolas me niegan en todas partes. Tenéis ahora ministros que han nacido en la península, almirantes que arrojó de su seno la vieja Italia, generales argentinos, coroneles franceses, periodistas de todas las lenguas, jueces que no han nacido en tu suelo, tantas inteligencias y estudios profesionales sofocados o rechazados en las otras colonias, hallarán en ti patria y asilo!»

El « Facundo » y el « Montevideo de 1846 » son dos estudios que, al complementarse el uno con el otro, se rectifican en su tesis fundamental. Tienen de común, además de la brillantez y peculiaridad del estilo, la misma concepción del caudillismo rural como factor contrario al orden, al progreso y a la civilización. Se diferencian en cuanto a su intención inmediata y en el modo de apreciar los fenómenos sociales: el « Facundo » tiene un fin político; más aún, Quiroga es Rosas o su explicación por la vida del primero. El juicio es de Alberdi, y basta exponerlo para penetrar su significado. El « Montevideo » no tiene ese aspecto, y al recorrer sus páginas podría afirmarse que la pasión de partido no ha participado especialmente en su redacción. Sarmiento es un espectador frío, aislado, que se yergue por encima de los sucesos, los cuales pasan ante sus ojos sin enceguecerlo ni dejar huella de sus tonos más deslumbrantes. Lo que ha llamado Barbarie, lo que ha llamado Civilización, ambos extremos los encuentra juntos, actuando en la misma sociedad, y lo que es más extraordinario, hermanados, a veces, en idéntico ideal: Rivera y Paz, dentro de las normas propuestas, realizan esa rara conjunción. ¿Se quiere una demostración mayor?... Quiroga, Rosas, como Aldao y el Chacho, son resultados del americanismo, del gauchaje, exponentes de regresión y de atraso que detienen cuarenta años la obra de consolidación nacional. Ahora, en cambio, en la ciudad, Sarmiento vibra, se extasía, « le retozan todas sus fibras al evocar el recuerdo del montevidiano Hidalgo,

creador del género gauchi-político », que de haber escrito un libro — son sus palabras — habría dejado un monumento de la literatura semi bárbara de la Pampa, y por si acaso Vicente López, a quien escribe, no recordase las « inmortales frases de Chano el Cantor », le inserta aquellas del diálogo de Contreras :

*Cuando la primera Patria,
Al grito se presentó
Chano con todos sus hijos...
¡ Ah tiempo aquél !... ¡ ya pasó !...*

La variante de la tesis de fondo es notoria. En la primera, es « la lucha de dos sociedades distintas, rivales e incompatibles, dos civilizaciones diversas, una española europea culta, la otra bárbara, americana, casi indígena ; » en la segunda es una desasociación de los elementos componentes de los núcleos ciudades y cuya característica es una oposición antagónica entre el pasado y el presente, entre el pasado y el porvenir. No es como la premisa anterior, un término contrario entre la ciudad y el campo, sino dos resultantes que pugnan y actúan en el mismo medio social y que constituyen la ciudad española y la ciudad europea, la ciudad colonial y la que ha hecho la Revolución. Sarmiento parece así entenderlo, y en sus impresiones del « Montevideo de 1846 », a menudo se encuentra el desarrollo de esa idea, concretada en frases como ésta : « el americanismo es la reproducción de la vieja tradición castellana, la inmovilidad y el orgullo del árabe ; »

y generalizando el tema de que los pueblos no se equivocan, que por encima de los entusiasmos y las pasiones del momento están los instintos de las multitudes, destaca del caos contradictorio de la época, un hecho positivo que ofrece a la reflexión y examen: « De un lado — dice — se hallan los *nacionales* mezclados con italianos, franceses e ingleses, apoyados éstos por sus ministros y sus escuadras, mientras que del otro, junto con elementos también nacionales, están los *españoles* que desde un principio identificáronse con un partido y una idealidad determinada. »

Bien es verdad que si ésta es la teoría social, no fué Sarmiento, en su tiempo, sino brillante expositor de ideas conocidas y difundidas en el Río de la Plata. Andrés Lamas, partiendo de estudios serios y de criterios científicos, casi al tiempo que en Chile apareciera el « Facundo », y con él su doctrina, desde Montevideo, en « El Nacional » de 1845, encarando los mismos sucesos, en artículos que copilados dos o tres años después darían motivo al libro « Agresiones de Rosas », establecía la tesis aceptada y vulgarizada más tarde por el ilustre publicista argentino. « La gran perturbación — afirmaba Lamas — tuvo como teatro las ciudades del virreinato. Los elementos de la vida colonial eran conexos, los hábitos del pueblo estaban en relación directa e inmediata de la política colonial. En la Colonia no había vida pública, libertad de pensamiento, libertad de examen, libertad de industria, libertad de acción. Eran sus dogmas la obediencia pasiva, sin razón, obediencia habitual y de rutina a dos potesta-

des superiores a todo: al depositario de la autoridad real; al sacerdote, depositario de la autoridad religiosa. La revolución no podía nacer de la masa de una población sometida a este dualismo inflexible... Fué la concepción de unos pocos varones esclarecidos y esforzados. »

« Una vez iniciado el movimiento, el poder colonial caía por su base: la revolución ponía término al aislamiento y ésta era la piedra angular del edificio... Abiertas nuestras poblaciones al comercio y a las ideas del mundo civilizado, esta sola innovación debería alterar la unidad primitiva de la costumbre colonial, despertar nuevas necesidades por el descubrimiento de veneros desconocidos de riqueza, de poder, de ilustración, por el conocimiento de verdades peregrinas, de utopías sublimes, de paradojas seductoras... »

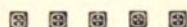
« Las ideas nuevas vinieron a ser una máquina de guerra: se arrojaban en tropel y súbitamente al fondo de la sociedad, para sacudirla, para conmoverla, para batir instantáneamente el dominio de las ideas antiguas... Éste es el origen lógico de los partidos que aparecieron desde los primeros días de la Revolución. Esta lucha que se inició separando del poder la inteligencia superior de Mariano Moreno y dándole tumba en el Océano, no podía terminar con la guerra de independencia. Cuando el país fué independiente, no estaba organizado. De ahí la continuación de la guerra civil, continuación tristísima, pero que hemos juzgado inevitable. Conocidos estos orígenes, nos parece que ellos desmienten por entero las ofensivas apreciaciones

que se han hecho de estos pueblos. » « *En estas guerras, — agrega — han intervenido las tendencias enemigas que existían en el seno de nuestras sociedades: la tendencia absolutista y retrógrada, emanación de las tradiciones seculares de la Colonia, y la tendencia democrática y progresista de la Revolución.* » « En una de estas dos grandes divisiones históricas se han afiliado algunas veces, sin conocerlo, los diversos bandos que se han disputado el poder bajo enseñas personales o por divergencias de detalle... » Y el doctor Andrés Lamas agregaba, luego de sabias consideraciones, estas palabras, que aún son verdad después de setenta años de pronunciadas: « *Nuestra civilización, nuestra industria actual es un embrión; ella ha de ser el resultado de la civilización, de la industria de la población extranjera, que mezclándose con nosotros, aclimatándose en nuestro suelo, explotándolo, si explotándolo ha de producir cuando nos bastemos a nosotros mismos cuando rellenemos los desiertos, cuando uniformemos nuestra educación, una civilización y una industria americana.* »

Tal la fórmula hasta ahora más verdadera y cuyo desarrollo demuestra una comprensión y una amplitud mayor en sus proyecciones. Francia y López en el Paraguay, Pueyrredón y Rosas en Buenos Aires, las resistencias prolongadas y tenaces que provocan en el exterior y adentro de sus territorios, y hasta el génesis y formación de los grandes partidos políticos de uno y otro lado del río, no son sino grados, etapas distintas de esas dos direcciones contrarias, y que se

agitan todavía hoy, representadas en el momento actual por ese conflicto permanente entre el prejuicio de ayer, la tradición, el recuerdo de lo que fué, y las ideas nuevas, ora generosas, radicales, revolucionarias, que llegan de afuera, de Europa y del Mundo, pene-trando en el ambiente como se infiltra la marea proce-losa del Océano en el anchuroso Plata para revolver su fondo y encrespar las tranquilas y azules aguas de sus vertientes ⁽¹⁾.

PABLO BLANCO ACEVEDO.



(1) Para el presente estudio se han tomado como fuentes las edi-ciones iniciales de las obras motivo de comentario: Andrés Lamas, *Apuntes históricos sobre las Agresiones del Dictador Argentino don Juan Manuel de Rosas contra la Independencia de la República Oriental del Uruguay*, de la publicación hecha en «El Nacional» de Montevideo, comenzada en el número de 7 de Junio de 1845; Sarmiento, *Vida del Ge-neral Quiroga*, de la versión también del «Nacional» de Montevideo, que aparece en el número de 3 de Octubre de 1845, continuando en los subsiguientes. La redacción del diario, al anunciar ésta a sus lec-tores, decía así: «Ayer principiámos a publicar la *Vida del General Quiroga*, que está publicando en Chile su autor don Domingo F. Sar-miento. Esperamos que ha de alcanzar en Montevideo el suceso com-pletísimo que ha obtenido en Chile, de cuyos periódicos la tomamos.» Como se observará, Andrés Lamas no pudo conocer la obra de Sar-miento cuando inició la publicación de *Agresiones*; por lo demás, la *Vida de Quiroga* vió la luz en el «Progreso» de Chile en los me-ses de Mayo y Junio de 1845, no siendo posible su llegada a Montevi-deo sino mucho después, dada la lentitud y las dificultades de las comunicaciones. En cuanto a la correspondencia de Sarmiento con Vicente F. López, *Viaje a Montevideo de Diciembre de 1845 a Enero de 1846*, ha sido tomada de la edición hecha en Buenos Aires en el tomo V de las *Obras*, ed. 1886. Además hemos tenido a la vista la pri-mera edición de *Viajes*, impresa en Santiago de Chile por J. Belín y Cía., 1849 (Col. Falcao Espalter). Cabe agregar, y para cerrar esta nota, que han sido consultadas otras ediciones de los libros mencionados: de Lamas, *Agresiones de Rosas*, la impresa en Montevideo, ed. de 1849, y la de Angel J. Carranza, Buenos Aires, ed. 1877; y de Sarmiento, *Civiliza-ción y Barbarie o Facundo Quiroga*; la de A. Bertrand, París, ed. 1853; la de Appleton y Compañía, Nueva York, ed. 1868, y la del tomo VII, *Obras*, ed. 1889. Finalmente, las citas de Alberdi son de su opúsculo *Nuevas Cartas sobre la Prensa*, B. A., ed. 1873.